

Las sevillanas sensuales de Maurice Barrés

En su obra maestra «Sangre, voluptuosidad y muerte», el político, ensayista y viajero francés desgrana, a medio camino entre memorias literarias y álbum de viajes, recurrentes mitos sevillanos como Carmen o Don Juan junto a sensuales sevillanas

POR FERNANDO IWASAKI

Político, viajero, ensayista y diletante, Maurice Barrés (1862-1923) fue el espejo de la juventud francesa de comienzos del siglo XX, fascinada y seducida por esa mezcla de socialismo individualista y nacionalismo libertario que perfumó toda su vida y su obra. El pensamiento y las ideas esenciales de Barrés se encuentran en *Sous l'oeil des Barbares* (1887, «Yo y los Bárbaros»), *Un Homme Libre* (1889, «Un Hombre Libre») y *Le Jardin de Berenice* (1890, «El Jardín de Berenice»), trilogía que el propio Barrés agrupó bajo un título que fue toda una declaración de principios: *Le Culte du Moi* (1911, «El Culto al Yo») y que se convirtió en el libro de cabecera de la élite de la juventud francesa que combatió en la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, la obra maestra de Barrés fue *Du sang, de la volupté et de la Mort* (1892, «De sangre, voluptuosidad y muerte») y quiero pensar que las sensuales sevillanas que todavía pueblan sus páginas le ayudaron a hechizar a sus lectores.

A medio camino entre las memorias literarias y el álbum de viajes, *Du sang, de la volupté et de la Mort* recoge las divagaciones de Barrés a través de sus viajes por España, Italia, Francia, Bélgica y Alemania. Y aunque el libro atesora fragmentos memorables sobre Siena, Parma, Pisa, Brujas, Viena, Toledo, Granada y otras ciudades, las referencias a Sevilla y sus mitos («Carmen» y «Don Juan») son tan recurrentes, que uno está persuadido de la condición de apócrifo sevillano de Maurice Barrés.

Gracias al poeta y librero Abelardo Linares manejo un rarísimo ejemplar de la traducción española de Manuel Ciges Aparicio (escritor y traductor republicano fusilado en 1936, cuñado de Azorín y padre del actor Luis Ciges), publicada por la Sociedad de Ediciones Louis-Michaud (París, 1904) y de donde glosaré las citas que siguen.

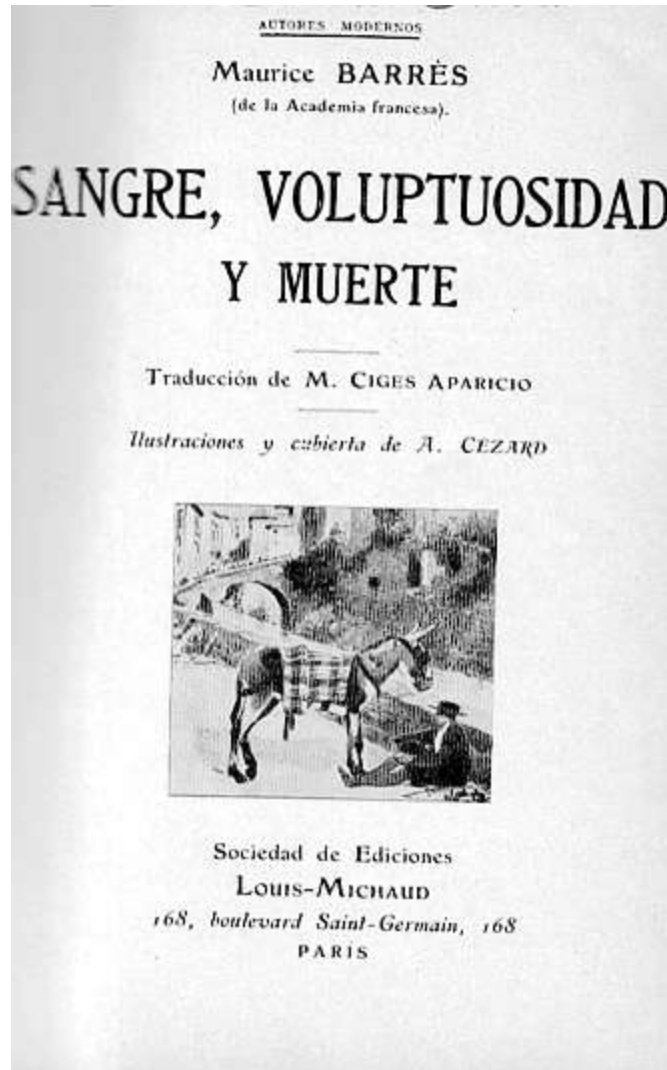
Así, en «Una visita a don Juan», Barrés analiza los cua-

dro de Valdés Leal, compara el mito español de «Don Juan» con otros personajes franceses y repasa la vida de don Miguel de Mañara, para recrearse en su máscara mortuoria y concluir: «Es lástima que no pueda modelarse la máscara de don Juan. Fundida en bronce sería un caprichoso adorno para apoyar la mano. Pero la congregación de las Hermanas instalada en la Caridad no quiere que se le siga acariciando. ¡Donoso desquite! Él, a quien las más apasionadas mujeres no pudieron retener, a pesar de sus llantos, es hoy prisionero de las vírgenes frías. Por ellas está prohibida la reproducción de don Juan».

Con respecto a la coincidencia de sangre, devoción y muerte que impregna las fiestas mayores de Sevilla, Barrés intuía que «cuando las voluptuosidades de la tauromaquia y del auto de fe se transforman en cerebralidad, resulta el ascetismo. Comprendo que esos españoles hayan sentido placer contemplando los sufrimientos de Cristo». Así, Barrés era capaz de percibir aquellas melancolías entre los olores sevillanos: «En las frescas baldosas del Alcázar de Sevilla he respirado la sangre, la joven y vigorosa sangre de los amantes y de los ambiciosos que se asesinaron; y en estas mismas baldosas —algo ligero que flota me lo advierte— se extendieron tapices para convertirlas en alcobas de dormir. Tantas veces lavadas y tan mudas, estas largas salas no pueden negarme, sin embargo, la confesión de la más violenta vida nerviosa que se haya permitido vivir el hombre».

No obstante, creo que las mejores páginas de *Sangre, vo-*

Barrés describió la triste sensualidad que le invadió tras visitar la Fábrica de Tabacos de Sevilla, donde le dijeron que trabajaban cinco mil cigarreras



Portada de la obra de Barrés, plagada de referencias a Sevilla

lptuosidad y muerte son las que Barrés le dedicó a las sevillanas. Así, en «Las joyas perdidas» Barrés describió la triste sensualidad que le invadió después de visitar la Fábrica de Tabacos de Sevilla, donde le dijeron que trabajaban cerca de cinco mil cigarreras: «¿Por qué, pues, siendo tan alegres sólo me causaban tristeza estas cigarreras? ¿Por qué de esas lindas bestias hacinadas en estos verdaderos establos de amor no he sacado ninguna nota alegre, resplandeciente y fácil? Ahora lo comprendo: era la melancolía de ver tanta joya derrochada. Esos ojos negros hubiesen podido tributar incomprensibles llantos a los que saben apreciar las lágrimas de las mujeres; esos senos floridos que debían palpitar, sólo se estremecen de placer sensual; quizás esos piececitos merecerían ajar y destruir los bordados más admirables, y sólo corren por el barrio de Triana... Al salir de la fábrica vi lo que había adivinado: manos indignas iban a manejar estas preciosas joyas. Criaturas tan pri-

mosamente hechas para colaborar en refinadas sensibilidades sólo satisfarán simples sensualidades».

Otra sevillana que llamó la atención de Barrés fue una joven viuda carlista —«los lindos pliegues de su falda eran de una parisienne; pero debajo, a sus menores movimientos, se revelaba el *salero* nacional, esa especie de violenta flexibilidad, muy necesaria para traslucir el deseo bajo esos entorpecimientos de Andalucía que traicionan un alma tensa como un resorte»— quien le inspiró el pasaje titulado «El odio no repara en nada». Hija de un noble carlista sevillano ejecutado en 1869, la joven viajó hasta Pamplona para solicitar protección y venganza al joven don Carlos, pero fue salvajemente violada en una fonda por doce soldados carlistas. Don Carlos condenó a muerte a los violadores, pero la ultrajada consiguió revocar la sentencia argumentando que «Veinte buenos soldados pueden darme más honor del que me han quitado» y solicitó casarse con uno de sus violado-

res, con la condición de que le fuera otorgado el mando carlista en Sevilla porque «debiendo de perseguir una venganza, no quiero abandonar una para mejor satisfacer la otra». Pero las guerras carlistas eran muy malas para la longevidad masculina y la joven sevillana enviudó una y otra vez, casándose de nuevo con cada uno de sus violadores, a quienes don Carlos concedía sucesivamente el mando carlista en Sevilla mientras les encomendaba las misiones más peligrosas, «galantería de joven deseoso de que mujer tan agradable permaneciese libre». ¿Qué fue lo que más impresionó a Barrés de aquella carlista sevillana? ¿Su fatalidad conyugal? No, su odio y su infinita sed de venganza, pues «poseídos por un odio somos capaces de perdonar las pequeñas vejaciones, como demuestra la historia de esta joven, que perdonó doce».

Por último, quiero terminar este repaso de las sevillanas sensuales de Maurice Barrés glosando la historia de Violante, mujer de armas tomar que «en Sevilla, su patria, escandalizaba por su belleza y sus imprudencias». Violante se trasladó a París «luego de casarse con un joven francés, a quien este enlace entorpeció en su carrera y destruyó su salud». Una vez en París Violante enviudó, pero al ser repudiada por su familia política «aceptó los homenajes de un joven». Sin embargo, después de ocho años de vida exagerada, libertina y excesiva, nuestra sevillana se deprimió, pues «caballos hermosos, admiradores sumisos, todas las satisfacciones del esnobismo más meticuloso no había poseído, y ahora ya no encontraba ninguna satisfacción, ni siquiera en casa de su modista. En suma, sufría de agotamiento nervioso». Fue así como Violante decidió irse a vivir a la misteriosa China, porque «halagábase tener un fin misterioso y de anegarse en la muchedumbre de los hombres como un animalillo enfermo en el Sena». Por lo tanto, ilusionada con los cientos de miles de chinos que podía conocer, Violante abandonó París no sin antes rogarle a su amado: «Si alguna mujer te agrada no tengas escrúpulos en acogerla, siempre que sea para ti una amiga sincera, pues sólo deseo que seas dichoso. Sólo una noche, Nochebuena solamente, te pido que estés solo en este cuarto». ¿Qué cosa más bonita! ¿Cómo no se iba a conmovér Maurice Barrés con el ardor guerrero del mujerío Hispalense?

Ahora que los chinos han tomado España, reconforta saber que hace más de cien años, una sola sevillana puso a tropiecientos mil chinos mirando a Gelves.